

ÁLVARO DE LAIGLESIA



**LA GALLINA  
DE LOS HUEVOS  
DE PLOMO**

La publicación de un libro de Álvaro de Laiglesia es siempre un acontecimiento: 1.º, porque Álvaro de Laiglesia es el único humorista español que se consagra al humorismo con una tenacidad propia de héroe medieval sentenciado por propio voto a perpetua fidelidad a su dama; 2.º, porque LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE PLOMO es una obra sólida, llena de substancia y —pese a lo del plomo— ligera y liviana como una pastilla contra el insomnio, y posee efectos terapéuticos análogos. Álvaro de Laiglesia, como los escritores de pura cepa, cuanto más avanza en su camino de humorista, mejor escribe; como el buen vino en la bodega, va adquiriendo solera, aroma y grados.

# Índice de contenido

[Cubierta](#)

[La gallina de los huevos de plomo](#)

[Los humoristas](#)

[Vida moderna](#)

[Diálogos](#)

[Comidas y bebidas](#)

[Medicina](#)

[Industria y comercio](#)

[Automovilismo](#)

[Campo](#)

[Loas](#)

[Relatitos](#)

[Cine](#)

[Teatro](#)

[Literatura](#)

[Periodismo](#)

[Viajar](#)

[Observaciones](#)

[Parodias respetuosas](#)

[Sobre el autor](#)

ÁLVARO DE LAIGLESIA, como los escritores de pura cepa, cuanto más avanza en su camino de humorista, mejor escribe; como el buen vino en la bodega, va adquiriendo solera, aroma y grados.

## LOS HUMORISTAS

Desde hace muchos años, padecemos curiosos síntomas que inquietan a la población civil; nos gusta adornar nuestros oídos con horquillas de cerezas, apretar entre el pulgar y el índice huesos de aceituna para dispararlos a enorme distancia, y considerar el mundo una pecera de peces multicolores dignos de nuestra risa. Ya en la cuna, cuando aún no se había deshecho en nuestro labio la nata del primer biberón, gritábamos alegremente «¡tuturú!» oprimiendo con un dedo la panza del pariente obeso. El país nos ha visto crecer como a bichos raros, achacando nuestro optimismo al mal funcionamiento de alguna meninge. Los médicos nos recetan lutos rigurosos para curarnos la juerga espiritual que nos posee, y echan lágrimas con cuentagotas en nuestros vasos para cortar el perpetuo ataque de risa en que vivimos.

Hemos llegado a la madurez en un clima hostil a nuestro buen humor, navegando en frágil piragua contra la turbia corriente de seriedad que ha inundado la vida. ¡Tremenda regata en estas aguas biliosas, cuyos remolinos pugnan por hacernos zozobrar! Embarcaciones negras, tripuladas por remeros hoscos, nos embisten con sus proas. Buzos malhumorados, con barba y chistera bajo la escafandra, intentan taladrar nuestro casco con arpones desde el fondo de la charca.

—¡Están locos! ¡Están locos! —grita don Severo y su coro de pellejos tristes, mostrando recortes con nuestras chufas y rechiflas.

Todos aquellos que nacieron con parálisis en sus músculos irrisorios, ponen petardos de sentido común en nuestro camino para despertarnos de las bellas fantasías que nos mecen. Y los jueces de la regata, vendidos a la calderilla de la vulgaridad cotidiana, hacen trampa en sus cronómetros para que no ganemos la prueba. Pero el esquiife del humor en el que bogamos, se mantiene a flote. Y su vela, no mayor que un papel de fumar, resiste valerosamente el vendaval de necia seriedad que sopla en contra. Y seguimos remando al compás de canciones absurdas, llevando como mascarón de proa la careta de un payaso. Y vemos Venecias fabulosas en las tierras yermas. Y los avisperos, en los árboles, se nos antojan piñatas que nos colmarán de regalos. Y los ángeles adornan nuestra ruta con hermosos espejismos, que convierten en Bagdad cualquier Cercedilla humilde. Dadnos una cola de merluza, que nosotros la convertiremos en sirena tentadora. Dadnos un castillo en el aire, y viviremos en él. Poned una fea ante nuestros ojos, y veremos una Venus que ya la quisieran en Milo. Pisadnos en el tranvía, que os pediremos perdón por haber puesto nuestro pie debajo.

—¡Están locos! ¡Están locos! —gritan las fuerzas vivas a espaldas nuestras—. ¡Mirad con qué desfachatez nos tiran de las barbas y cuelgan cascabeles en el faldón de nuestras levitas! ¡Están locos!

Y tanto lo han repetido, que empezamos a dudar de nuestra cordura. ¿Estaremos realmente locos? ¿Habrán «confetti» en nuestro cráneo, en lugar de fea materia gris? Y después de hacernos una radiografía de la conciencia; después de mirarnos en el triple espejo de un sastre que es el mejor para descubrir los defectos del hombre; después de tomarnos el pulso en las dos muñecas para mayor seguridad, la duda ha brotado en nuestras almas. Sí. Puede que sí.

Quizás estemos locos, porque amamos la vida y procuramos librarla de la cola solemne y antipática que arrastra.

Quizás estemos locos, porque pretendemos secar con la esponjita de nuestro humor un diluvio de lágrimas.

Quizás estemos locos, porque preferimos jugar con un rayo de sol en el espejo de una polvera, a estudiar la carrera de abogado.

Quizás estemos locos, porque en el reparto del pollo social nos conformamos con la pata, y no miramos con envidia al que se sirvió pechuga.

Quizás estemos locos, porque somos capaces de interesarnos por todas las cosas que no nos interesan.

Quizás estemos locos, porque empleamos nuestros tinteros en pintar cosas bellas, y no en emborronar las bellezas que otros pintaron.

Quizás estemos locos, porque no somos hipócritas y hemos procurado decir siempre lo que nos vino a la punta de la pluma.

Quizás estemos locos, porque vamos quitando la cizaña del trigal, a sabiendas de que esta cizaña la sembraron gordos caciques que manejan el cotarro de la vida con la fuerza de sus botas, y no con la persuasión de sus sonrisas.

Quizás estemos locos, porque no nos reímos cuando una anciana se cae en la calle patas arriba, y nos morimos de risa, en cambio, oyendo peroratas engoladas.

Quizá, por todas estas razones, estemos locos. Pero si la locura es así, lancémosle un sonoro «viva». Y dediquemos este libro al hermano loco, que se fuga en sus quimeras del mundo que entristecen sus hermanos cuerdos.

## LA RISA

La habréis visto muchas veces. Es gorda como un tonel, de carnes macizas y busto opíparo. Debe de ser tan vieja como el mundo, pero no representa ni la mitad de los años que tiene. Su rostro sigue siendo el de una niña, a pesar de que lo surcan arrugas profundas como desfiladeros. Viste trajes risueños de cretona estampada, impropios de su

edad, y le entusiasma adornarse su pelambreira canosa con claveles reventones. Tiene una dentadura espléndida, fuerte y blanca, aunque algo desigual. Se presenta en todas partes sin avisar, alborotando las tertulias con sus gritos que imitan el relincho del caballo.

—Estábamos reunidos en el salón —dice la gente— cuando de pronto nos entró la risa.

Y es que la Risa se cuela, a pesar de su gordura, por la rendija más insignificante del pavimento o la pared. Cualquier pretexto le sirve de trampolín para plantarse de un brinco en mitad de la reunión: una frase feliz, un buche de té que se le atragantó a una señora provocándole un hipo chistoso... Y allí aparece la Risa para festejar el acontecimiento con estentóreos relinchos de su simpática boca. Un temblor de carnes acompaña al concierto, hasta que la Risa se desploma sudorosa en un sillón y vuelve la calma.

En todas las casas se la recibe bien. Las sobremesas con ella son estupendas, y se digieren mejor las comilonas más copiosas.

—Ya entró la Risa en el piso de al lado —dicen los vecinos, con envidia, oyendo sus explosiones a través del tabique.

Cuando esta gordinflona cordial hace una visita, los anfitriones hacen todo lo posible para que no se vaya tan pronto; para que se quede un ratito más. Procuran entretenerla contando chistes, disfrazándose de cosas absurdas e incluso poniéndose a cuatro patas y manteniendo sobre la cabeza un vaso lleno de agua sin que se derrame. Pero llega un momento en que la Risa se aburre, porque es inquieta y tiene que acudir a millones de citas. Y cuando se va, la fiesta más animada se queda mustia y se disuelve en pocos minutos.

También frecuenta mucho los teatros, y los autores cómicos suspiran aliviados cuando la ven en el patio de butacas por un agujerito del telón.

—¡Ya llegó la Risa! ¡Óigala! —le dicen al empresario, pues estando ella en el público no hay peligro de que quiten la obra al día siguiente.

Otras veces, en cambio, la Risa hace la travesura de presentarse en el teatro donde se representa un drama. Y al autor, que suele ser flaco y verduoso como un pepinillo en vinagre, le sienta su presencia lo mismo que una descarga de fusilería en el abdomen. Pero a ella no le importa, porque no lo hace con mala intención.

Sencillota, frescachona y campechana, la Risa tiene esa misma franqueza un poco ordinaria de las matronas pueblerinas. Honrada y generosa, cree que toda la Humanidad es tan buena como ella. Si llevara bolso se lo habrían robado ya setecientas veces. Posee, como muchas pueblerinas, dotes misteriosas de curandera y le basta rozar con los dedos la frente de un triste para devolverle las ganas de vivir. Le encantan los niños, y entre ellos disfruta como en ninguna parte. La oiréis en todos los jardines, saltando en el centro de los corros o remojándose con los pequeñuelos a la orilla del mar.

Cuando tengáis algún disgusto, coged una pluma de ave y pasadla suavemente por vuestras axilas. El levísimo rumor que produzca esta cosquilla será captado por el fino oído de la Risa, que acudirá con rapidez a vuestra llamada. Y enseguida la veréis aparecer, mofletuda y contenta, dispuesta a devolveros la alegría en el disparatado estruendo de sus relinchos.

## VIDA MODERNA

«PEPE». Y «JIMMY».

UN tratamiento intensivo de copazos y cenas frías ha curado de su anemia al «todo Madrid». Los cuatro gatos que lo forman se disgregaron durante las últimas guerras y no coincidían en ninguna parte. Pero gracias a los canapés de las legaciones extranjeras y a la ginebra de los cócteles particulares, han vuelto a reunirse. Esos cronistas sociales que sacan sus metáforas de una compotera isabelina, escriben otra vez la fórmula «todo Madrid», como en los mejores tiempos de los cronistas sociales.

Y rodeando a esta minoría de elegidos, moviéndose en su misma dirección, se ha formado ya lo que los franceses llaman *entourage* y los españoles pronunciamos «enturach». Esta corte de seguidores es imprescindible, pues el núcleo puro del «todo Madrid» es reducido, y no llenaría ni once filas de un teatro. Todo divo necesita comparsas que le canten el estribillo. Cada marquesa sostiene en su órbita media docena de satélites sin luz propia, destinados a ocupar en su palco las sillas de atrás. Estas señoras grises salidas de ese maremágnum de fronteras vagas, conocido con el nombre de «gente bien», son las que permiten llenar los teatros en las funciones benéficas. Por cada título sonoro y cada intelecto brillante hay que calcular seis miembros de escolta, que se arriman a toda nobleza hasta pincharse con los picos de sus coronas.

Hay seres muy graciosos en el *entourage*, pero ninguno como esas señoras que hablan de «Pepe» y de «Jimmy».

Suelen ser cuarentonas desenvueltas, viudas unas veces y solteras otras, suscriptoras del Vogue y con un «chic» de aúpa. Delgadas, huesudas en ocasiones, brujulean en las fiestas de grupo en grupo con una copa en la mano. Con frecuencia, mientras charlan de arte con otro talludito, pescan la aceituna de su martini y se la comen con gesto de niñas traviesas que hacen una picardía. Son honestísimas, tienen desparpajo y, aunque feas, se las considera interesantes. Tienen fama de escribir cositas primorosas, pero cortas, de las que costean ellas mismas pequeñas ediciones en «papel japon» para regalar a sus íntimos. Se rumorea que tienen un amor platónico y que a sus tertulias de los jueves va la crema del intelecto. Viven en *pisitos* baratos, pues no son ricas, pero puestos con un gusto insuperable. Los matrimonios las utilizan mucho para aprovechar ese asiento que siempre queda vacante en los autos de cinco plazas.

Y en cuanto llegan a una reunión, se ponen a hablar de Pepe:

—Ayer saludé a Pepe... ¿Ha oído usted la última frase que le atribuyen a Pepe?... Le he leído mi último poema a Pepe... Dice Pepe que...

Y cuando alguien del grupo, intrigado, pregunta a qué Pepe se refieren, contestan ellas con naturalidad, sin darle importancia:

—¡Qué Pepe va a ser! Pepe Ortega, hombre. Ortega y Gasset.

Y más tarde, cuando pasa el estupor del mundano novato, incluyen a Jimmy en su conversación:

—¿Saben si ha regresado Jimmy?... Cuando Jimmy se fue a Londres... La última vez que vi a Jimmy...

Este Jimmy, como pocos lectores habrán podido sospechar, es el duque de Alba.

Entre todos los «snobismos» que han desfilado por la sociedad madrileña, el de estas señoras talluditas es el más delicioso.

## «PIE A TIERRA».

A medida que la superficie terrestre edificada va siendo incapaz de albergar bajo sus techos a tantísimo individuo, disminuyen las pretensiones del aspirante a inquilino. El que ayer buscaba un piso, se conforma hoy con un cuchitril que llaman «apartamento»; y los que alquilaban antaño «villas» veraniegas pomposas, se introducen hogaño a gatas en un *piéd à terre*. Basta dar un nombre fino a cualquier incomodidad para que la gente la soporte encantada. Antes de que se pusiera en circulación la fórmula *piéd à terre*, las familias que tenían el proyecto de pasar sus vacaciones hacinadas en un granero, se callaban como muertas. Ya no. Hasta los linajudos, con tantos blasones como pesetas, pueden decir sin perder ringorrango:

—He alquilado un *piéd à terre* en el litoral.

Lo bueno que tiene ese «snobismo» de traducir las cosas a otra lengua, es que se camufla imponentemente la vulgaridad de la expresión original. Porque el *piéd à terre*, en efecto, es un palmo de tierra donde solo cabe un pie que no calce un número muy alto. Suele constar de algún dormitorio con varios camastros —todo muy rústico, ¿sabe usted?, pero delicioso—, de una ducha no mayor que un armario empotrado, y de una cocina en la que no cabe ni un filete sentado en una silla.

—En realidad, no se necesita más espacio —se consuela el «pie-a-terrista», como la célebre raposa con su «No están maduras»—. Y, además, tiene una ventana desde la que se ve un paisaje muy amplio.

La moda del *piéd à terre* les ha sentado a los alquiladores de «chalets» lujosos como una perdigonada en las caderas. Mientras sus «Villas Josefinas» se ocupan en verano trabajosamente, no hay casa en las aldeas que no albergue señoritos. Esas habitaciones sobrantes que los campesinos emplean para almacenar patatas durante el invierno, se convierten durante el verano en magníficos «pies a tierra».

Con tres perras gordas y un grifo viejo pueden hacerse refugios de esta clase en el piso superior de las cuadras; en las buhardillas, donde los pescadores guardan sus redes y sus lombrices; en las alcobas que, al morir, dejan vacantes las tías pueblerinas, y hasta en ese cobertizo donde el carretero guarda su carro.

—Me han dicho que pasaste el verano en un establo.

—En realidad no era un establo, ¿sabes? Era un *pied à terre*.

—¡Ah, vamos! Eso es diferente.

—Pero muy parecido.

### LA EXTREMADURA INFINITA

Para brillar en sociedad, para echar verdadera lumbre en los salones, solo hay dos caminos: tener un escudo tatuado a fuego en el lomo, o ser propietario de media Extremadura.

—¿Quién es aquel señor fondón con una peca en el entrecejo? —susurramos en el «cocktail», señalando al mencionado fondón con una banderilla de pan y alcaparra.

—Es un hombre riquísimo: media Extremadura es suya —nos informa el entendido en aristócratas.

Pero al día siguiente, en otro copeo de personas finas, nos llama la atención un anciano delgado, de barbilla caprina.

—¿Sabe usted cómo se llama ese viejorro que lleva media hora en el *buffet* forrándose de croquetas? —sonsacamos a un suscriptor del Ghotá local.

—¿Ese? Don Manolo Subiránez. Tiene un fortunón. Sus fincas ocupan media Extremadura.

«¡Vaya! —pensamos con algo de tirria—. Media Extremadura de este anciano, y otra media del fondón que vimos ayer... Ya conocemos a los dueños de toda la región extremeña».

Y nos llevamos un susto mayúsculo cuando una semana después, en una cena de muchas campanillas y pocas empanadillas, nos presentan a un flaco de lengua sonrosada.

—Te conviene conocerle —nos dice la anfitriona—. Es nada menos que Anselmo Rodripepe. No exagero ni pizca si te digo que es dueño de media Extremadura.

Cualquier persona que se dedique a zascandilear un poco entre las minorías selectas, conoce un promedio mensual de veinte personas que poseen otras tantas mitades de Extremadura. Puede decirse que cada docena de individuos que brujulean en torno de los hospitalarios ambigús de la nobleza, uno por lo menos, es amo de Cáceres y otro de Badajoz. Los espíritus sencillos se pasman de asombro ante este milagro de multiplicación, a cuyo lado el de los panes y los peces fue un vulgar juego de manos.

«Una de dos —piensan los más ladinos—; o hay más Badajoces que moscas, o andan sueltos por ahí muchos far-santes».

Y, en la mayoría de los casos, se acaba optando por el segundo ramal del dilema. No es difícil hinchar con el gas de la fantasía es cerdo que todos tenemos en algún campo y convertirlo en una piara. No es difícil tampoco estirar, a fuerza de imaginación, una hectárea escasita, hasta que cubra una provincia entera. El embuste prospera sin tropiezos, porque no es probable que nadie se desplace a Extremadura con un topógrafo a medir las tierras del señor Rodripepe.

Extremadura es al madrileño lo que Australia al londinense: un territorio vasto y lejano, en el que caben miles de fincazas hipotéticas que dan lustre al que no lo tiene.

—Ese Smith calvo que está hablando con aquella *lady* que parece un hueso —se comenta en plena season de Londres, entre partos de princesas y canapés de pepino— es el dueño de media Australia.

Y nosotros no nos quedamos cortos. Porque si uniésemos todas las «mitades» que los Rodripepes se atribuyen,

resultaría una Extremadura infinita, con más superficie que siete Australias juntas.

### EXTRANJEROS DE ADORNO

El crecimiento paulatino de la población social, unido a la pausa que hemos hecho en la elaboración de marquesados frescos, ha producido una grave penuria de aristócratas que den boato a las cachupinadas elegantes. El cupo actual no pasa de tres kilos de noble por cabeza, con los cuales no hay ni para empezar.

Pero como la necesidad aguza el ingenio, y a falta de pan buenas son tortas, los mundanos refuerzan sus cuadros de amistades distinguidas con elementos de importación. Cualquier extranjero puede ser aprovechado. Jabonando bien a un refugiado de Centroeuropa y poniéndole un traje a la medida, hace un efecto imponente en cualquier cena fría superselecta. Y como no hay nada que despabile tanto la imaginación como seis martinis secos, muy burro tiene que ser el refugiado si no embellece sus antecedentes con alguna princesa en su parentela y un coto de caza en los Cárpatos.

Gracias a estos esfuerzos (importados sin divisas en el bolsillo y sin más compensación que echarles de comer de vez en cuando), nuestro gran mundo se está poniendo de un cosmopolita que asusta. Pero debemos reconocer que para una persona refinada, nacida en Chamberí, hay pocas cosas tan excitantes como llamar familiarmente «Boli» a un morenazo de la Bucovina, cuyo verdadero nombre sea Bolislav Krotywershnayencu, nada menos.

Tener un amigo que hable en uno de esos vascuences chapurrados al pie de los Balcanes siempre viste.

—Hoy vamos de excursión con el vizconde Perico y con un búlgaro sin cejas muy interesante —dice Maruchi Ramírez de Escipión Galvanosa del Tabardillo a su amiga Pili Regueral Núñez Pinseco de Valleplano.